

ticas devotas perjudiciales á su salud. En las primeras noches no vió nada de extraordinario, y ya se decidía á abandonar sus sospechas cuando cierta noche, no bien sonaron las doce en el campanario de la parroquia, cuando María se acostó, y los rayos de la luna saliendo por detras de una nube iluminaron repentinamente la estancia de la jóven. Entonces la madre oyó un suspiro, y luego una voz débil que pronunciaba estas palabras entrecortadas.

— ¡Oh, Hantz! decía María soñando, yo soy ciertamente tu amada esposa! ¡Ah! yo te amo... pero se me figura que tus caricias me hielen el corazón y que tus besos me matan.

En seguida lanzó un prolongado y doloroso suspiro y la madre no oyó mas.

Miró por el agujero de la puerta y vió á un vampiro. Al punto reconoció á Hantz en este vampiro; no aquel jóven pálido y descarnado por la enfermedad, sino fresco, colorado y robusto. La imagen de Hantz en pie al lado de la cama con el cuerpo inclinado hacia la almohada en que descansaba la cabeza de la dormida doncella, teniendo aplicados los labios en las venas de su cuello alabástrino. La anciana madre hasta creyó ver una gota de sangre que se deslizaba por el delicado cutis escapada de los trémulos labios de la vision. A tan terrible espectáculo la pobre muger lanzó un grito de espanto y cayó al suelo desmayada.

Al ruido que produjo su caída, acudieron el padre de María y los demás individuos de la casa, levantaron á la pobre madre, derribaron la puerta de la habitacion; y como la luna había vuelto á ocultarse detras de una nube, encendieron presurosos una luz; pero no vieron á nadie en la estancia, y si el cuerpo de María que ya era cadáver. Llamado el médico, declaró que ya no había medio humano de salvarla, porque con grande admiracion suya no quedaba una gota de sangre en aquel cuerpo exánime, si bien no podia adivinar de qué manera hubiese podido perderla. No obstante, despues de un detenido examen, descubrió en el cuello unas manchitas enteramente iguales á las picaduras de las sanguijuelas, y dos ó tres gotas de sangre que habian dejado señales en la almohada. La madre volvió en sí; pero por espacio de algun tiempo creyeron que había perdido el juicio al oírle referir lo que había presenciado.

Al cabo de muchos dias, durante los cuales no se habló en la aldea de otra cosa que de este extraordinario suceso, la linda Juana, vecina y amiga de los padres de María, se vió atacada de una tristeza idéntica á la que causó la muerte de su amiga de infancia. Estuvieron tambien en acecho, y vieron igualmente el espectro de Hantz, que le chupaba las venas del cuello mientras que la jóven dormía. Llamaron inmediatamente al cura, y la linda Juana confesó que hacia algun tiempo que todas las noches la visitaba la fantasma de Hantz, en especial durante los plenilunios; pero que no la hacia mal alguno. Sin embargo, estaba ya muy flaca, y se le veían algunas picaduras de color violáceo en las venas del cuello. El buen cura apeló al exorcismo y á todas las demás ceremonias de la iglesia, aunque sin fruto, porque la infeliz Juana murió de allí á pocos dias, sin quedarle una gota de sangre.

A la muerte de Juana se siguió la de otra muchacha, á quien tambien chupó el vampiro, y á esta otras cuantas, á punto de haberse general el terror, y fueron multiplicándose los vampiros, invadiendo varias provincias, de suerte que en breve los hubo en Alemania, Hungría, y en otras muchas partes.

Por el fin se tomó la resolucion de desenterrar el cuerpo

de Hantz, para ver si se hallaba algun medio de conjurar una plaga tan calamitosa; pero como la aparicion se hizo durante el plenilunio, nada encontraron en el ataud. Cierta doctor, á fuerza de haber meditado mucho sobre el asunto, adivinó que los vampiros no tenían facultades para salir de sus sepulcros sino durante el plenilunio, y á consecuencia de tales reflexiones se volvió el féretro á su sitio, y aguardaron á que la luna no mostrase sino la mas pequeña parte del disco para volver al descubierto. Verificado de esta manera, le hallaron tranquilamente dormido, sonriendo, encarnado el cutis, y le echaron una estaca al través del cuerpo, pero no despertó; mas luego le arrojaron al fuego, y escaparon al viento sus cenizas. Este ejemplo, sin duda, escarmentó á los demás vampiros; despues de haber quemado unos cuantos mas, no se volvió á hablar de unos seres tan dañosos.

Peró mientras en Europa difundian el terror tan estráordinarias escenas, otros vampiros de una especie menos apócrifa aterrorizaban con sus cualidades algunas calidas comarcas de la América Meridional. Si un hombre tenía la desgracia de dormirse al aire libre, aun siendo de dia, se le acercaba uno ó mas vampiros, y mientras le abanicaban con sus lividas alas para refrescarle y hacer de este modo mas profundo su sueño, le picaban suavemente la piel, sin que la victima á penas lo sintiese, y le chupaban la sangre en términos de causarle suma debilidad, y hasta la muerte algunas veces. Estos crueles vampiros atacaban tambien á los perros y otros animales domésticos, siendo ademas tan numerosos, que si hemos de creer á los antiguos viajeros, en un año destruyeron en Borja el ganado mayor que los misioneros habian introducido, y que ya empezaba á multiplicarse en aquellos países.

Gitamos este hecho aun cuando no creemos en los vampiros de América, ni en los de Europa y que el hecho de La Condamine, citado por Buffon como una prueba, nos parece que implica contradiccion; pues si el ganado pudo empezar á multiplicarse no obstante los vampiros, ¿cómo despues no solo no pudo, sino que destruyeron los vampiros á los individuos nuevos y á sus padres?

Sea lo que quiera, el vampiro (*phyllostoma spectrum*) llamado andira-guan por los brasileños, no es mas que un grande murciélago, del tamaño de un pequeño conejo, y sus alas abiertas no pasan de dos pies de estension. El trago (cavidad de la oreja) representa una hoja ovalada, dentada y cóncava en forma de embudo; la lengua del vampiro puede dilatarse y prolongarse mucho y termina en dos papilas dispuesta al parecer para formar un órgano ó instrumento de succion ó absorcion; en sus labios se observan tambien ciertos tubérculos dispuestos con simetria. Tiene la piel de color rojo oscuro, siendo entre todos los murciélagos el que con mas ligereza corre por el suelo. La mayor parte de los viajeros modernos guardan silencio relativamente á sus hábitos sanguinarios; otros dicen que pueden chupar la sangre de los animales dormidos; pero que la herida es muy pequeña y que si algunas veces es peligrosa, es á causa de emponzoñarla el calor del clima. Pero es indudable que el vampiro se alimenta por lo comun de insectos, de pequeños cuadrúpedos, y hasta segun dicen, de frutas. A. U.

ESTATUA DE MINERVA.

Todo el cuerpo con paños y todo de esta notable figura antigua se compone de un solo trozo de alabastro oriental. Los ropajes son de una sencillez y de una nobleza admi-

rables; la cabeza, los piés y los brazos, añádidosen los tiempos modernos, son de mármol blanco dorado. Minerva está representada con un mochnelo en la mano izquierda. Su pecho está cubierto con la égida bordada de serpientes donde se halla figurada la cabeza de Medusa sobre un fondo de esca-

mas. Esta égida está replegada de modo que deja ver, por su flexibilidad, que no era en su origen mas que una piel de cabra, como lo indica su nombre griego.

La estatua, cuya altura es de 4 metro 40 centímetros, formaba parte de la antigua coleccion de los reyes de Francia,



Museo del Louvre.—Estatua de Minerva, de alabastro oriental.—Dibujo de FREEMAN.

HIGIENE DENTARIA.

De los cuidados diarios que exige la conservacion de los dientes y de la necesidad de inculcar á los jóvenes su importancia.

Por felices que sean los resultados obtenidos en la conservacion de los dientes, por esmero que se haya puesto al elegir los convenientes alimentos, y en preservar la boca de todo aire que no tenga las cualidades requeridas, aun seria quimérica la esperanza de conservar por mucho tiempo estos preciosos órganos, si se omitiesen ciertas precauciones particulares.

Por felices que sean los resultados obtenidos en la conservacion de los dientes, por esmero que se haya puesto al elegir los convenientes alimentos, y en preservar la boca de todo aire que no tenga las cualidades requeridas, aun seria quimérica la esperanza de conservar por mucho tiempo estos preciosos órganos, si se omitiesen ciertas precauciones particulares.

Estas precauciones forman lo que se llama comunmente los cuidados en la limpieza de la boca. Ellas parecen en general de una ejecución tan fácil y sencilla, que muchos creerán á primera vista que yo debería limitarme á demostrar su necesidad, pasando ligeramente por su descripción; pero estoy tan convencido de que entre las personas que mas se esmeran en conservar sanos y blancos los dientes, no hay mas que un pequeño número que no cometa frecuentes errores en las reglas que deben seguirse, que tengo por un deber no omitir ninguno de los pormenores, aun los más minuciosos, que puedan dar á conocer su importancia, y hacer mas eficaz su aplicación.

El primer cuidado que diariamente exige la conservación de los dientes, es enjuagarse la boca todas las mañanas al levantarse de la cama, con agua á la temperatura de 10 ó 12 grados. No se debe descuidar esta precaución, porque de otra manera, si se emplea un cepillo ó cualquiera otro cuerpo, se estiefen sobre los dientes y las encías las mucosidades que se forman en la boca durante la noche, y se consigue mas difícilmente el objeto que se desea.

El agua pura puede bastar ordinariamente para este efecto; pero es mucho mejor mezclarla algunas gotas de aguardiente ó de agua de colonia preparada por algun boticario, para evitar que contenga sustancias nocivas, como suele tener la que se compra á personas que no entienden el arte de perfumista; sera todavía mejor mezclar algunas gotas de un elixir dentífico sencillo, como el siguiente:

Alcohol de 14 grados.	media libra.
Quina loja en polvo.	dos dracmas.
Alcanfor.	un escrúpulo.
Acete esencial de menta.	medio escrúpulo.
Consérvese en un frasco tapado.	

Se puede aromatizar este elixir con otra sustancia diferente de la yerbabuena, como el clavo, el ámbar, la rosa, etc.; algunas personas añaden tambien un poco de éter sulfúrico que no se debe confundir con el ácido del mismo nombre, que contienen ciertos elixires conocidos, y cuya acción eminentemente corrosiva, cuando no se emplea con la mayor reserva, puede producir los mas graves accidentes.

Este elixir es muy conveniente á las personas que tienen la boca en un estado de salud perfecta; pero si los dientes están cariados, si las encías sangran habitualmente, si están blandas ó solamente descoloridas, en fin, si el aliento tiene un olor fétido, lo que no siempre proviene de las caries de los dientes, sino de digestiones imperfectas, ó de una irritación crónica de la membrana mucosa que cubre las vias digestivas ó pulmonares, en todos estos casos seria bueno sustituir á aquel elixir la siguiente preparación que se emplea de la misma manera.

Aguardiente de guayaco.	4 onzas.
Aguardiente alcanforado.	1/2 id.
Esencia de yerbabuena.	10 gotas.
Esencia de coclearia.	6 id.
Esencia de romero.	10 id.

He aquí tambien la composición del agua dentífica, que con el nombre de elixir *stomatilo*, recomiendo á mis clientes, y de cuyo uso he quedado siempre satisfecho desde cerca de diez años que lo aconsejo.

Alcohol rectificado.	3 onzas.
Esencia de yerbabuena.	4 onza.
Esencia de canela.	4 escrúpulo.
Benjuí en lágrima.	1 id.

No pretendo seguramente designar estos tres elixires con el fin de escluir á las demas; reconozco al contrario que existen otros en el comercio que pueden ser igualmente convenientes, pero advierto á las personas cuidadosas de su dentadura, que no usen preparaciones de este especie que contengan ácidos, aunque sea en muy corta cantidad. El mejor medio de conocer si los contienen, es el de no emplearlos sin probarlos antes en el papel tornasolado, si este papel puesto en contacto con estas aguas, se vuelve encarnado, es seguro que contienen ácidos, se deben desechar, porque harían pagar demasiado caro el brillo pasajero que dan á los dientes.

Después que se ha enjuagado la boca, se hace uso de unos polvos dentíficos, y se frota ligeramente en todos sentidos con un cuerpo humedecido, suave y flexible, no solamente los dientes, sino tambien las encías. Pero, ¿á que cuerpo deberán aplicarse estos polvos? será preferible el cepillo á una esponja fina, y aun al dedo envuelto en un paño, ó enrollado en la punta de una servilleta?

El uso se ha decidido enteramente en favor del cepillo, y Fauchard, el Hipócrates de la medicina dentaria, retractaría la opinión desfavorable que tenia de los cepillos de cerda, viendo con que facilidad se encuentran hoy extremadamente finos, y con variadas son sus formas para que nada pueda sustraerse á su acción: á esto puede añadirse la ventaja de su módico precio que permite renovarlos.

La esponja, cuyas ventajas ensalza Fauchard, tiene el inconveniente de producir una sensación desagradable al pasar por los dientes, sobre todo, cuando estos por efecto de algun accidente, ó de alguna operación, están privados de una parte de esmalte. Además, el cepillo tiene la ventaja, como acabo de decir, de poder dirigirse á los lados de los dientes y frotarlos así en todos sentidos, al paso que las esponjas, fijas sobre un cuerpo resistente, no frotan mas que en el medio de los dientes, y de ningún modo en el punto en que estos se tocan, y que es mas necesario limpiar. La esponja, es verdad, puede emplearse sin estar fija á ningún cuerpo que le sirva de apoyo; pero entonces no pudiendo los dedos introducir la profundamente en la boca, no limpia mas que los dientes de delante, y no llena sino á medias el objeto que se desea.

Se emplean tambien para limpiar los dientes diferentes pinceles cortados á manera de pinceles por una de sus estrechidades. Estas raíces son ordinariamente las de regalaz, de mielga ó de malvabisco, que se hacen hervir en muchas aguas, y después se pintan y aromatizan. Si tienen pocos cepillos la ventaja de ser mas suaves, tambien tienen el inconveniente de ser difíciles de conservar; porque si se ponen en un sitio seco, se endurecen demasiado, y si están espuestas á la humedad, se emmohecen. Su uso está hoy generalmente abandonado, y apenas se encuentran mas que en los laboratorios de las boticas antiguas.

Es preciso, pues, convenir que el cepillo es preferible á la esponja, y tan favorable á la conservación de la dentadura, como que, según se lee en un viaje al Africa Occidental, las mugeres de Panjetta que cuidan los dientes con un esmero particular, y que no conocen el uso de nuestros cepillos de cerda, suplen esta falta frotando aquellos muchas veces al día con ramitos de tamarindo dispuestos como pinceles á este efecto, y cubiertos de unos polvos muy finos que pro-

vienen de la pulverización de diversas plantas aromáticas secas. Por este medio tan sencillo, como racional, tienen estas mugeres generalmente los dientes mas hermosos que se pueden ver, y los conservan por mucho tiempo.

En cuanto á los polvos dentíficos que deben emplearse, la elección no es tampoco indiferente, porque un gran número de los que se encuentran en el comercio, contienen, ó sustancias que pueden ser nocivas á los dientes, ó sales de ácido en cantidad mas que suficiente para el objeto que se propone.

He aquí una de las composiciones mas usuales.

Tierra silice preparada.	5 onzas.
Magnesia.	1 1/2 onzas.
Clavo en polvo.	4 onza.

Estos polvos bastan ordinariamente á las personas que tienen los dientes habitualmente blancos, y no necesitan mas que conservarlos. He aquí otra composición un poco mas complicada, pero infinitamente superior.

Carbon de pan perfectamente pulverizado.	6 onzas.
Raíz de lirio de Florencia id. id.	2 id.
Rosas finas id. id.	1 id.
Esencia de rosas.	12 gotas.

Estos polvos, mas activos que los primeros, como se deja ver por su composición, deben principalmente emplearse cuando se necesita restablecer el esmalte á su estado de blancura natural que le hizo perder la negligencia en la limpieza de la boca; pero así estos, como los primeros, no contienen ninguna sustancia que de color á las partes á que se aplica; por eso uno debe presentar aquí la receta de una composición igualmente sencilla que, á la ventaja de blanquear los dientes, reúne la de dar á los labios y á las encías un hermoso color de rosa, que dura una gran parte del día.

Magnesia carbonizada.	6 onzas.
Hueso de jibia pulverizada.	3 id.
Carmin fino.	8 granos.
Corteza de limon pulverizada.	4 onza.
Azúcar blanca.	1 onza.

Cuando se quiere preparar por uno mismo estas diferentes composiciones, es menester tener mucho cuidado de pulverizar ó moler sobre una piedra de pórtido todas las sustancias que entran en ellas; de otra manera su uso seria desagradable y las mismas composiciones muy perjudiciales; porque rayarian el esmalte, y con el tiempo lo alterarian profundamente.

Muchos prácticos, temiendo la acción de los ácidos como el crémor tartaro que ha sido muy usado, aconsejaron reemplazarlos por las sales alcalinas, como los carbonatos de sosa y de magnesia. Esta sustitución seria ventajosa si fuese necesario emplear las sales ácidas en grande cantidad para obrar químicamente sobre los dientes. Esta idea fue la que dió origen á una opiatá (1), especie de jabon, conocido con el nombre de odontino, que no es mas que subcarbonato de magnesia unido á la manteca de cacao.

(1) Se designan con este nombre las preparaciones que resultan de la mezcla de los polvos dentíficos con cierta cantidad de miel purificada; hoy es muy raro su uso, porque la miel que cura en su composición se pone rancia muy pronto, lo que la hace muy desagradable.

Algunas personas por evitar los peligros é inconvenientes de los polvos dentíficos mal preparados ó por simplificar sus necesidades, se sirven para limpiar la dentadura de tabaco en polvo y aun de hollín. Estas sustancias tienen no solamente el inconveniente de ser sucias, y de dejar en la boca un sabor desagradable, sino que tambien su uso habitual dá á los dientes un color amarillento, que es casi imposible hacer desaparecer en lo sucesivo. Aun la misma quina tan alabada, si se usa sola, tiene el mismo inconveniente, porque contiene una especie de aceite empuemático, capaz de penetrar el esmalte con el tiempo, y de comunicarle un color pardo amarillento muy tenaz.

El carbon es tambien uno de los polvos que se emplean con frecuencia como dentíficos. Cuando esta sustancia está reducida á una estrema tenuidad, puede no ser perjudicial; pero como es insoluble, sucede muchas veces que quedan hácia el cuello del diente algunas partículas, que insinúandose en las encías, les dan un aspecto negrozco, por lo que muchas personas se retraen de usarlo.

José LEON.

JUAN JOUVENET.

El *Descendimiento* que damos hoy es la obra maestra de Juan Jouvenet, y uno de los cuadros mas notables de ese museo del Louvre tan rico en composiciones de primer orden. Hasta ahora este lienzo ha estado siempre puesto en el salon principal al lado de las *Bodas de Canaan* de Pablo Veroneso, sosteniéndose con mucho honor en tan peligrosa vecindad, y es acaso el cuadro mas copiado y vuelto á copiar por todos aquellos que trabajan para hacer de nuestro museo central el rival del Real Museo de Madrid.

M. Carlos Blanc ha dicho, con mucha razón á nuestro juicio, que después del *Descendimiento* de Daniel de Volterre y del de Rubens, el de Jouvenet puede pasar tambien por una obra maestra, añadiendo que en la escuela francesa, se le puede poner sin miedo inmediatamente después de las mejores obras de Lesueur y de Poussin, como se puede colocar al mismo Jouvenet inmediatamente después de estos dos grandes maestros.

El *Descendimiento de la Cruz* fué hecho en 1697 para el convento de Capuchinos situado cerca de la plaza de Vendôme, y salió á luz en la segunda exposición pública que tuvo lugar en el Louvre en 1699; — la primera exposición tuvo lugar en ellas en el Palacio Real en 1673. Cuando se cerraron los conventos, en tiempo de la primera revolución francesa, este cuadro entró á formar parte de la grande colección nacional.

En la familia de Jouvenet se encuentran muchas generaciones de artistas: Juan Jouvenet, uno de los antepasados, del que nos ocupa hoy, se estableció en Ruán en el siglo XVI.

Noel Jouvenet, su hijo, fué uno de los maestros de Poussin, como ya lo hemos dicho al hablar de los *Pastores de la Arcadia*.

Lorenzo Jouvenet, hijo de Noel, tuvo quince hijos, entre los cuales se encuentra el famoso autor del *Descendimiento*, Juan Jouvenet que vino al mundo en 1644. Desde los primeros años de su infancia, recibió lecciones de su padre y en su estudio fué donde aprendió á manejar el lápiz y el pincel.

A la edad de diez y siete años cayó bajo la dirección de Lebrun, que era entonces el soberano, y aun podríamos decir el despota del arte. De 1664 á 1680, Juan Jouvenet tra-

bajo muy á menudo con el pintor de Luis XIV, en las pinturas del palacio de Versalles, y bien necesitó hallarse dotado de una originalidad de artista bien constituida para no haberse

perdido y aun para haber triunfado de aquella larga subordinación á un maestro tan lleno de celos.

El *Descendimiento de la Cruz* que tan poco se parece



El descendimiento de la Cruz.

á las pinturas académicas de Lebrun, es la prueba mas concluyente que podamos dar de la absoluta independencia del talento de Jouvenet. Bien luego hablaremos de la *Pesca mi-*

lagrosa, que será un magnífico argumento para apoyar mas y mas la opinion que emitimos aqui.

J. J. ARNOUX.

ADRIANO VAN OSTADE.



El fumador.

La ciudad de Arlem adoptó al artista nacido en Lubeck, y este se halló en una buena situación vendiendo á los aficionados pudientes de esa hermosa ciudad, sus tabernas holandesas, sus músicos ambulantes, sus fumadores, sus mercados etc. Esta dicha sosegada se vió turbada algun tanto, aunque para seguir un poco mas tarde. Habiéndose esparcido la noticia de la invasion en Holanda que Luis XIV proyectaba,

Van Ostade juzgó prudente retirarse al lugar de su nacimiento. En efecto, se puso en camino, y llegó á Amsterdam con ánimo de embarcarse para efectuar su vuelta á su país natal, mas logró disuadirle de este proyecto un aficionado de este último pueblo, movido á ello por los consejos de Houbraken, autor de la *Fida de los Pintores de los Países-Bajos*.

En la época en que Van Ostade se estableció en Amsterdam, dice la historia de los Pintores de todas las Escuelas, esta rica y hermosa población se hallaba atestado de curiosos floreciendo en ella á la sazón los mejores pintores de aquel tiempo. No había una sola clase en la sociedad inglesa, casi en todas las condiciones, que no tuviera allí su pintor predilecto. Lingelbach presentaba sus estimadas *ferias*, sus *cacerías* de la escuela de las de Wouwermans y sus preciosos puertos de mar. Todo el mundo acudía á Gerardo Dow pidiéndole sus preciosos y finos retratos, y á Abraham Van Tunkel, aquellos nobles retratos de cuerpo entero dignos de Van Dyck, brillantes de carnes blancas y satinadas. Gabriel Metzú podía representar los ricos interiores de la Holanda, las mujeres en su tocador y á su piano, los jovencitos escribiendo cartas amorosas ó haciendo gracias en un salon, ó bien las bonitas doncellas echando agua para sus amas en jofainas de plata. Adriano Trauver se había hecho el pintor de las escenas de taberna, de los libertinos, los jugadores y los borrachos. Pablo Potter tenía el privilegio de los pastores y rebaños, y por último, el anciano Rembrandt, desde el fondo de su misterioso estudio, dominaba la muchedumbre de los aficionados, les imponía su genio y sacaba de la admiración que le tenían todo el partido posible.

Y sin embargo en medio de esos pinceles escogidos, Van Ostade supo crearse una posición muy distinguida. El Fuma-bon que acompañaba á este artículo es de aquel tiempo, y puede por sí solo dar una alta idea del genio holandés de su autor. Es una de esas preciosas joyas de un arte maravilloso por su verdad, que cuando por acaso se hallan hoy en una venta pública se compran á peso de oro por sus fanáticos admiradores.

J. J. ARNOUX.

MAGDALENA

POA

JULES SANDEAU.

(Véanse las páginas 166, 169, 181, 189, 197, 206, 210 y 217.)

Era verdad! La hora había sonado, aquella hora que Mauricio había creído no llegarla nunca, porque había contado con impedimentos imprevistos, con insuperables obstáculos y todo se había operado como por encanto. La víspera aun, Mauricio se decía que sobrevendría á la fuerza un incidente para libertarle de la singular posición que le esperaba, y nada había venido, nada, sino la espantosa y temida realidad. Retroceder no era posible ya. En el momento de traspasar por última vez aquellos umbrales, próximo á separarse de los objetos que habían sido testigos de su borrascosa juventud, Mauricio no era hombre para detenerse en plañideras elegías ni tampoco en poéticos adioses. Además, los lugares en que se ha vivido mal, diferentes en esto de aquellos en que se ha padecido y que nunca se abandonan sin enternecimiento, no pueden ser una patria y se les deja sin emoción y sin sentimiento. Mauricio fué dando á Ursula todo aquello de que podía disponer para que lo llevara al carruaje, y enseguida despues de haber tendido en torno suyo una mirada enjuta y sombría, tomó su caja de pistolas bajo del brazo y se lanzó prontamente fuera del aposento llevándose de aquel modo todo cuanto poseía y su última esperanza. En aquel mismo instante se habría podido ver brillar en la frente de Magdalena un reflejo de la alegría

celestes que debe iluminar la fisonomía de los ángeles, cuando llevan á Dios un alma extraviada.

IX.

Dos miserables rincónes eran en verdad los aposentos en que Magdalena y Mauricio iban á vivir el uno junto al otro: un poeta se hubiera vuelto loco de contento en aquel tiempo en que los poetas habitaban todavía las guardillas. Aunque todo lo que había allí era de una excesiva sencillez, todo manifestaba sin embargo el gusto y la elegancia nativa que habían presidido á los portamentos del amueblado. El cuarto de la jóven alemana tenía un papel de color de perla sembrado de ramilletes de claveles y de rosas que se reunían en el techo en forma de tienda de campaña. Los muebles eran de nogal, y las sillas de juncos trezados. El lecho, pequeño, virginal, verdadera cama de colejales, estaba castamente escondido bajo anchos cortinajes de Persia en armonía con el papel del cuarto. Cerca de la ventana se veía una mesa cubierta de pinceles, de cajas de colores y de conchitas de porcelana que habían pertenecido á la marquesa. El mármol de la chimenea no tenía otro adorno que dos jarroncillos de porcelana, y á la cabecera del lecho había un velador con un quinqué. Si faltaban las alfombras, en cambio el suelo entarimado estaba claro y luciente como un espejo. Colgadas junto al espejo se veían muchas miniaturas de madama de Fresnes, religiosamente conservadas, y mas allá había un estante con libros, flores disecadas, plantas y minerales piadosamente traídos de Valtravers. La ventana, como hemos dicho antes, daba á un parque en cuyo fondo se descubría un melancólico y grave palacio. El aposento de Mauricio presentaba poco mas ó menos las mismas disposiciones interiores y exteriores, únicamente se diferenciaba en que nada en él denotaba hábitos ó proyectos de trabajo; en vano se habría buscado algun objeto al que se uniese un recuerdo ó una esperanza. Las paredes estaban desnudas, y el lecho sin cortinas. Tenía un aspecto duro y frío.

— Esto no es bonito, dijo Magdalena al instalar á Mauricio en su habitación; pero, á mi juicio, todo aposento puede embellecerse por uno mismo, y mucho mejor que podría hacerlo cualquier tapicero. Nuestros pensamientos y nuestros sueños, nuestras alegrías y dolores constituyen un lujo que muchos ricos envidiarían, y que para mí vale mas que todos los terciopelos y las sedas. Las cuatro paredes que nos ven amar y trabajar con justas esperanzas, son siempre los muros de un palacio.

Estas palabras no inspiraron un gran interés á Mauricio, que, cuando se quedó solo se puso á dar vueltas en su cuarto como un león acabado de meter en una jaula. Por último se dejó llevar de los impulsos de su cólera; se torció los puños, se pegó en la frente, y se arrojó en su cama lanzando gritos de rabia. Mauricio se preguntaba, cuál había sido la cobarde condescendencia, la debilidad increíble que había hecho venir las cosas á aquel punto; se llamaba imbécil y blasfemaba del nombre de su prima. Durante este tiempo Magdalena se ocupaba en ordenar sus colores, sus pinceles y sus tabillitas de marfil, tan contenta ya en su nueva condición como si jamás hubiese estado en otra, y mas satisfecha de su pobreza que lo había estado de su fortuna, cuando había vuelto á entrar como soberana en Valtravers, despues de la muerte de la marquesa. Ursula trabajaba tambien; lo arreglaba y lo limpiaba todo cantando á voz en grito una canción de su país. Al cabo de una hora, Mauricio se salió á la

calle; la voz de su hermana de leche, que oía á través de un tabique, había colmado la medida de su rabia. Hasta por la tarde estuvo andando por la ciudad, sin saber siquiera á donde iba, hasta que á eso de las once el acaso le llevó muy cerca del punto de donde había salido. Vivos relámpagos rasgaban las nubes, el trueno resonaba con gran estrépito, y comenzaban ya á caer anchas gotas de lluvia. Mauricio que en realidad no tenía otro asilo que su guardilla de la calle de Babilonia, tomó el partido de refugiarse en ella. Ursula que le estaba esperando con ansiedad, salió al descansillo de la escalera al ruido de los pasos de su jóven amo, y se quedó espantada al ver la palidez de su rostro. Sus labios estaban lividos, y ocultos en sus órbitas sus ojos relucían con un brillo febril. La buena muchacha, muy asustada, quiso llevarle al aposento de Magdalena que tenía costumbre de velar hasta muy tarde, pero Mauricio la rechazó con un ademán de mal humor, y se retiró al punto á su cuarto. Junto á la ventana que estaba abierta, permaneció hasta la mañana, oyendo murir el viento entre los árboles del parque, y mirando al cielo menos sombrío y menos borrascoso que su alma. Al acostarse estaba con calentura, y cuando entraron á verle deliraba.

Su vida estaba en peligro. En presencia de la realidad, el desgraciado jóven no había podido soportar la mirada de esa terrible compañera á quien creía mucho mas lejana, como don Juan al tocar la mano de mármol se había sentido aterrorizado. Los cuidados de la ciencia, la juventud que no estaba muerta en él todavía, y mas aun los solícitos desvelos de Magdalena y de Ursula le fueron llamando poco á poco á la vida. Ambas se disputaron la gloria de salvarle, y jamas madre ninguna ha podido prodigar á un hijo mas afecto, ternura y amor que el que mostraron estas dos buenas criaturas á la cabecera del jóven enfermo. La enfermedad, por mas que digan, no es una mala huéspedes; tiene tambien sus buenos lados, y aunque solo sirve para hacernos apreciar en su justo valor el cariño de los seres que nos aman, ya ofrecería una gran ventaja. Además hay la circunstancia de que la enfermedad anonada las malas pasiones, ablanda los corazones endurecidos, y amolda las naturalezas mas indómitas. De este modo aquel terrible Mauricio, tan furioso con la necesidad de vivir cuando se sentía bueno, se dejó cuidar como un carnero atado. Mas de una vez dió las gracias con ojo enternecido á Magdalena y á Ursula sentadas á su lado, y su trémula mano buscó mas de una vez la de su tierra prima. Un día, habiendo visto colgado en la pared un retrato de su padre pintado por la marquesa un año antes de la muerte del caballero, le tomó y se estuvo un largo rato contemplándole, y con una voz ahogada por los sollozos le dirigió algunas palabras de arrepentimiento y de dolor. Magdalena y Ursula lloraban tambien, y con dulces lágrimas. Otro día descubrió sobre la chimenea una cajita de caoba que no había visto nunca. El estado de la convalecencia se parece enteramente al de la infancia; hay la misma debilidad de órganos, los mismos encantos, la misma curiosidad que una nada despierta ó disipa, es la vida que vuelve á comenzar, y ya lo hemos dicho, es otra infancia. Mauricio mandó que le trajeran aquella cajita, levantó la tapa, y vió colocados simétricamente en sus compartimientos de terciopelo verde los instrumentos de que se servía en otro tiempo con su padre para esculpir el nogal y la encina.

— Ay! dijo Magdalena, esto es todo lo que he podido salvar de nuestro patrimonio. Creí que no os disgustaría el tener en vuestro poder estos objetos y que acaso me agradeceriais el que no les hubiese dejado en el palacio.

— Si, prima mia, si, hermana mia, añadió Mauricio (era la primera vez que le daba este nombre; la jóven palideció y se puso trémula); si, habeis hecho muy bien. Al abrir esta caja, he creído ver que salía de ella la imagen de mis primeros años.

— Y cuando se piensa, añadió Ursula, que con eso ganó nuestro amo el pan entre los infelices! Un noble, un gran señor, un aristócrata! y decir que con sus blancas manos torneaba la madera, como si en su vida no hubiera hecho otra cosa! Trabajar como un hijo del pueblo! eso se llama ser un hombre!

— Si, dijo Magdalena, un hombre con un gran corazon.

— Pues y la señora marquesa! exclamó Ursula que no era mujer para detenerse en tan buen camino. Esta si que no habrá tenido que esperar mucho tiempo á las puertas del paraíso. Pensar que una señora como ella, que había estado en la corte, hacia retratos de un monton de bebedores de cerveza, cuando hubiera podido vivir con tantas riquezas!

— Si, dijo Magdalena, era una gran alma!

— Como la vuestra, señorita, respondió Ursula llevando con respeto los dedos de Magdalena á sus labios.

Parecido á las personas que oyen un apólogo sin cuidarse de su moralidad, Mauricio lo escuchaba todo, sin pensar en preguntarse, si no habría en todo aquello por acaso, algun consejo que le tocara. El fenómeno mas singular de la convalecencia es el profundo olvido, la completa ausencia de toda preocupación del porvenir. Demasiado débiles aun para lanzarnos mas allá de la hora presente, nos refugiamos totalmente en el sentimiento de nuestra conservación: se siente la existencia y esto basta. Desgraciadamente un estado tan dulce no dura mucho; con la salud va viniendo poco á poco el peso de la vida.

Aun que fuera de peligro y casi enteramente restablecido, Mauricio se hallaba sin embargo en una debilidad estremada, y fuera porque su posición reclamase toda cuidados asidos ó fuera por distraerle un poco, Magdalena y Ursula pasaban la mejor parte de su tiempo á su lado. En conformidad á los deseos del convaleciente, la jóven trabajaba en el cuarto de su primo todo el día, y muchas veces velaba, pintando ó bordando en tanto que Ursula cosía. Mauricio había hallado muy encantador en un principio este cuadro de interior, pero reanimándose las enfermedades de su corazon y de su ánimo á medida que la curación física se aproximaba, bien luego principió á irritarse secretamente de los cuidados de aquellas dos mujeres que no abandonaban ya su cabecera. Las cargas y deberes que veía suspendidos sobre su cabeza, le oprímia como una atmósfera borrascosa, y sin tratar aun de comprenderlo, sentía con un vago sentimiento de temor el sordo rumor de su destino, semejante á los rumores lejanos de la marea alta.

Una noche que parecía estar profundamente dormido, Magdalena y Ursula sentadas en torno de la misma mesa, hablaban á media voz trabajando á la luz del quinqué.

— Pobre querubín! decía Ursula meneando la aguja, no siento el dinero que nos ha costado; por el sería capaz de empuñar hasta mis zapatos, pero lo cierto es que hemos gastado nuestros últimos recursos en su enfermedad, y que toda nuestra fortuna se reduce en el día á dos escudos.

— No te dé cuidado mi buena Ursula. Para mañana ya habrá concluido de pintar esta cajita para el té; mira que bonitas están las flores y los pájaros, me hallo muy contenta de mi trabajo, y he de ser bien desgraciada, si no logro

colocar esta obra en el almacén donde me han comprado ya dos estuches. Además he concluido dos bolsillos, que no están mal, é iremos juntas á ver si los vendemos: dicen que estas futilidades tienen mucha salida en París. Si por desgracia todo llega á faltarlos á la vez aun me quedan algunas sortijas y alhajas que enviaremos á donde han ido mis diamantes.

— En compañía de mis pendientes y de mi cruzcita de oro, dijo Ursula. Es lo mejor que podemos hacer, pero á todo esto estoy viendo que pasais las noches trabajando, y con eso perdéis vuestros hermosos ojos y vuestra salud que es mas preciosa todavía.

— Bien, bien, exclamó Magdalena sonriendo; soy mucho mas fuerte de lo que parecezco. Además, el trabajo no hace daño á nadie, la marquesa me repetia muchas veces que nunca habia estado tan buena como en Nuremberg donde trabajaba noche y dia, y sin embargo puedo afirmarte que tenia los ojos hermosísimos algunas horas antes de su muerte. Por otra parte, ya sabes buena Ursula que con la enfermedad de Mauricio hay que redoblar de valor y de esfuerzos. Su convalecencia será larga quizá, y si no pudiésemos prodigarle todos los cuidados que su estado exige, cuántas reconvencciones no nos cabrían, qué remordimientos serian los nuestros, y qué pensaría Mauricio que sabes se ha resignado á vivir solo por nosotras!

— Si, exclamó Ursula echando una mirada llena de adoración hacia el lecho en que reposaba su joven amo, si, es un hecho que se ha portado bien, no tenemos por qué quejarnos. Decir que en el momento en que se iba á tirar un pistoletazo, no lo ha hecho únicamente por nuestra amistad! Y qué contento estaba cuando se paseaba con nosotras por las calles! Además, una vez curado ya vereis como él tambien trabaja, y con mucho gusto, en beneficio de su prima y de su hermana de leche, porque es un ángel señorita Magdalena, un ángel de Dios, siempre os lo he dicho.

Así siguieron hablando en voz baja hasta la hora en que Ursula obligó á Magdalena á retirarse á su cuarto para tomar un poco de descanso. En pie para marcharse, inclinadas ambas á la cabecera de Mauricio permanecieron algunos instantes considerando en silencio aquella pálida fisonomía á la que los dolores habian restituido su primitivo carácter de dignidad y grandeza.

Mauricio no dormía: todo lo habia oído, y á la mañana siguiente estaba ya de pie, tan tranquilo y resuelto como le hemos conocido indeciso colérico y arrebatado: el joven aceptaba en fin la tarea que le habia tocado. Sin embargo este súbito cambio de su voluntad no debe atribuirse á un movimiento de ternura y de gratitud: Mauricio habia recobrado con la salud toda la dureza de su alma. El cariño de aquellas dos nobles criaturas que acababan de apurar á su cabecera sus últimos recursos, lejos de enternecerle le irritaba, pero Dios ha puesto el orgullo en el fondo de nuestro corazón para que supla en caso de necesidad á la virtud, y esta vez en efecto así se obró el milagro.

Mauricio se hallaba dispuesto, sin entusiasmo es verdad pero resueltamente, como un hombre que va á batirse en duelo por necesidad. Únicamente no sabia cual era el partido que debia tomar. Trabajar, es muy fácil decirlo, pero ante todo es preciso saber hacer algo. El ponerse á fabricar casaca-nueces era muy fácil en Nuremberg, la patria de los juguetes; en cuanto á las esculturas en madera habia primeiramente mil dificultades que vencer. Para los perezosos los primeros pasos del trabajo están siempre erizados de obstáculos. Además Mauricio estaba seguro de haber olvidado

enteramente este arte. En cuanto á las obras de cabeza tampoco debia pensar en ellas, y no porque no hubiese sido propio para esa especie de literatura corriente que se practica en nuestros dias con tan buen éxito, sino porque desgraciadamente, en la época de que tratamos, las letras tenían aun algun prestigio y por lo tanto la mas difícil de todas las artes, no se habia convertido todavía en un fácil y lucrativo oficio. Algunos años despues, Mauricio no habria titubeado y con eso á estas horas tendríamos á no dudarlo un gran escritor mas: llegar á tiempo es uno de los principales secretos de la vida. Mauricio sin saber que hacer quiso aconsejarse de su prima: la joven le respondió con la mayor dulzura:

— No tenéis prisa ninguna para eso. Estais aun demasiado débil y dolorido: recobrad vuestras fuerzas, que lo demas ya vendrá luego. Con tal de que me halle bajo vuestra protección, estoy contento. No os cuidéis de nada; soy fuerte y valerosa, y trabajaré por vos con alegría, en tanto que lo podais hacer por mí del mismo modo: decidme, hermano mío, no consentis en ello?

Ya puede suponerse que estas palabras no podian servir sino para irritar mas y mas el orgullo de Mauricio. Ahora vamos á ver de qué manera el acaso ó mas bien la Providencia, pusieron á aquel joven en el único camino que le estaba abierto.

X.

En una de las alas de la casa, en frente de las guardillas que habitaban Mauricio y Magdalena habia un modesto aposento compuesto de tres piezas donde vivia un joven matrimonio de artesanos. El marido que era ebanista se llamaba Marcelo. Era un honrado y bello joven que tenia unos veinticinco años á lo mas, siempre de buen humor, con la traza franca y abierta, hermoso con su blusa azulada sujeta al talle con un cinturoncito de charol. Este obrero no hacia versos ni tenia otra lira que sus instrumentos de trabajo. Levantándose todas las mañanas con el alba trabajaba alegremente desde por la mañana hasta por la noche, como si hubiese estado convencido de que el trabajo es á la vez la verdadera poesia del pueblo y el mejor sistema imaginado hasta aqui para mejorar la condicion de los obreros. Linda y vivaracha, su mujer cosía á su lado sin dejar por eso de tener los ojos en dos picaruelos que jugueteaban en torno de su padre. Marcelo dejaba algunos instantes su trabajo, para ver el bordado de su compañera, ó para tomar en sus brazos un chiquillo, y luego continuaba su tarea con nuevo ardor. A veces la joven cantaba á media voz una cancion de Beranger, una de esas canciones inmortales que han consolado á la patria, y el joven repetía el estribillo con voz enérgica y altanera. Cuando el dia tocaba á su fin, la mujer disponía la comida, lo que siempre era una ocasion para que los chicos aumentaran la bulla de sus juguetes. Regularmente se hacia un poco de sobremesa y la noche se prolongaba en medio de las conversaciones familiares.

Apoyado en el marco de su ventana Mauricio habia seguido muchas veces con distraidos ojos todos los pormenores de aquel interior honrado y laborioso, y no por que hallase en ello el menor interés, ó por que tratase de buscar allí una enseñanza saludable, sino únicamente por dar pasto á su constante ociosidad.

Magdalena por su parte se complacia en observar la vida de aquel humilde matrimonio, pero esta hallaba en sus observaciones un misterioso encanto. Entre ella y estos dos

PANYCHIS.

FRAGMENTO POR ANDRÉS CHENIER (1).

Varias jóvenes rodean á un niño y le acarician. — Dicen que has hecho una cancion para tu prima Panychis? — Si, la quiero mucho; es muy hermosa, tiene cinco años como yo... Hemos puesto su cuna en un paseo de rosas... y nadie puede incomodarnos, porque es demasiado bajo para que entren en él. Le he dado una estatua de Venus que me habia hecho mi padre con box; ella la llama hija y la acuesta en

(Se continuará.)



PANYCHIS.—Composicion y dibujo de Tony Johannot.

una camita que es una cáscara de granada. Todos los amantes hacen canciones para sus pastoras... y yo tambien he hecho una para ella. — Pues entonces cántanos tu cancion y te daremos uvas y buenos higos... — Dadmelos primero que luego la cantare.

Tiende sus dos manitas... le dan lo prometido, y con una voz dulce y clara se pone á cantar...

Luego se va cabizbajo y lleno de caricias... Las jóvenes beldades le siguen á lo lejos... Llegadas á los rosales miran por encima de la cuna, bajo la cual están ellos formando un templete de verdura en torno de un pequeño altar para su estatua de Venus, se rien; ellos levantan la cabeza y les dicen que se vayan. Les dan mil besos y al marcharse exclama la joven Myrto: — Oh! que dichosa edad!... Venid, compañeras mías á ver en mi casa los monumentos que yo tambien levanté en mi infancia... He puesto un cercado al jardín que tenia entonces, para conservarle bien... una ca-

bra habria podido comérselo en una hora. Allí jugaba yo con Clinias, que me llamaba su mnger, y á quien yo llamaba esposo mio... No eramos mas altos que esa planta; nos habríamos podido perder entre unas matas de tomillo... Todavía vereis allí los romeros que se levantan como cipreses al rededor de la tumba de mármol en que están escritos los versos de Anyté... Mi esposo me habia dado una cigarra y un saltamonte; ambos se me murieron y les hice un sepulcro entre el romero. Yo lloraba. La hermosa Anyté pasó por allí con su lira en la mano: — qué tienes, me preguntó. — Se han muerto mi cigarra y mi saltamonte... — Ah! nosotros tambien nos moriremos, me respondió.

1 Este poeta, muerto á treinta y un años, ha dejado una porcion de poesias sin acabar, así como planes de poemas, elegías é idilios en verso y prosa que el autor se proponia arreglar despues, cuando le llegase la hora de la inspiracion: Panychis se encuentra entre los fragmentos de idilios, y es uno de los mejores.

EL QUINTO.

ANÉCDOTA.

Ivon Marker vuelve alegre del sorteo porque ha sacado un número favorable. Ivon Marker no ingresará en el regimiento: Dios que conoce los destinos de todos nosotros le ha tenido en su misericordia. El padre de Ivon es un hombre achacosos antes de tiempo, su hermano Juan es muy joven aun para trabajar, y su hermana Bellah tiene que cuidar al pequeñito Jannik! Dios no ha querido dejar a la madre sola todo el trabajo de la granja y de la familia; continuará teniendo dos robustos brazos que la ayuden y un buen corazón que le infunda valor: Dios se ha compadecido de las buenas gentes.

Estas reflexiones iba haciendo el mozo, al seguir el sendero que atravesaba por entre varias heredades; pero sin embargo la fortuna que había tenido en el sorteo no había podido serenar del todo su frente; el gozo presente no bastaba para olvidar los cuidados de la víspera y los del día futuro.

Al pasar junto a los sembrados de trigo de su padre, Ivon se detuvo a pesar suyo, a mirar aquellas claras espigas, raquíticas por la mala calidad de la tierra, y llenas de cizaya y de yerbas por haber carecido del trabajo suficiente. Un poco más lejos llegó a la praderita que producía forrage, y notó que toda ella estaba llena de cañas, y siguiendo más adelante, vio con sorpresa los perales del huerto cargados de madera seca y de musgo ceniciento! Por todas partes la enfermedad y la pobreza habían engendrado la negligencia, y esta la esterilidad! Y sin embargo las cargas de la familia iban siempre en aumento! Ya el molinero reclamaba lo que se le debía atrasado; las últimas herraduras se le debían al albitar, y los arros del viejo caballo se iban cayendo a pedazos. Por mas que la madre prolongaba su labor hasta media noche, y volvía a tomarla por la mañana al salir el sol, y por mas que Ivon regaba con su sudor cada grano que echaba en la tierra, la desgracia les iba quitando hasta el valor.

Este pensamiento emponzoñaba su felicidad y le impedía celebrarla como era debido.

— De qué me serviría el rebentarme en el campo si no puedo libtard de sus angustias a la pobre muger que me ha echado al mundo? decía para sí; mejor sería para ella un poco de ventura que toda mi buena voluntad. Pero Dios distribuye la dicha según su sabiduría; a estos les da las riquezas, a aquellos les da el mérito para tenerlas: bendito sea Dios puesto que al menos a todos nos ha dado el derecho de bendecirle y de adorarle!

Y Marker, resignado, aunque suspirando, volvía a continuar su camino por entre los barbechos donde pastaban los ganados del pueblo.

Pero le aquí que de repente a la vuelta de un grupo de aveñanos oyó gemidos y lloros entrecortados por un ruido de voces que trataban de aplacarlos. Al acercarse reconoció a la vecina Maharitta rodeada de sus parientes, y un poco más allá estaba Perr Abgrall, el hijo del molinero, apoyado tristemente en su garrote.

Mémos favorecido que Ivon, este acababa de caer soldado, con gran sentimiento de su novia.

Marker se acercó quedito y trató de mezclar sus palabras de consuelo a las de las personas que rodeaban a la joven, pero Perr le interrumpió con la acritud que ocasiona siempre la tristeza.

— Los que no tienen porqué quejarse recomiendan muy

bien a los demás el que tengan valor, le dijo; el rey no le lleva a Ivon Marker los mejores años de su vida, y con eso odia quedarse a donde se oigan las campanas de la parroquia, mientras que nosotros nos iremos al ruido del tambor ardor.

— Teneis razon, pobre amigo mio, replicó el pobre mozo; en esto he sido mas afortunado que vos y no creais que lo olvido. Si os hablo de paciencia, es porque no hay otro recurso para los desgraciados; todos los días hago por mi mismo esta experiencia.

— Vaya un mozo! infortunado! repuso Abgrall irónicamente; quisiera saber lo que te falta que estás ejercitando la paciencia.

— Me falta lo que vos teneis! contestó Marker sin enfadarse; una familia que no ha sufrido males, y lo bastante para que viva la pobre madre con sosiego! Creedme, vecino, cada uno siente sobre su hombro el peso de la cruz que tiene a cuestas.

— Lo cierto es que yo me cambiaria por ti, repuso Abgrall mas amistosamente, pero con un ademán desesperado. — Eso se puede hacer! interrumpió el tio de Maharitta, que hasta entonces habia guardado el mayor silencio.

Los dos mozos se volvieron al punto hácia el que habia pronunciado estas palabras.

— Supongamos, continuó, que la suerte hubiese cambiado vuestros números; Perr estaría a estas horas en lugar de Ivon: quién os impide hacer despues, lo que habria podido hacer antes la fortuna?

— Es decir que Marker sería soldado en mi lugar? dijo vivamente el joven molinero.

— Y quién trabajaria por mí? preguntó Ivon.

— En cuanto a eso, contestó el tio con la lentitud y precauciones propias de las campesinas que van a hacer un trato, se puede arreglar amistosamente; no te se pide un favor que pueda hacerte daño.

— Queriés comprarme, no es verdad? dijo Marker un poco herido de una proposición que le hacia bajar al último grado de los mozos mas miserables ó peor afamados.

— Cuando se quiere comprar se ofrece un precio, y me parece que nada te he propuesto; pero eres un muchacho tan bueno que podrias hacer por buen corazón lo que tantos otros hacen por dinero, y al cabo y al fin no se condena nadie por ser soldado.

— Eso es verdad, tio Salaun, respondió Ivon que se puso de pronto pensativo; acabas de darme una idea que por cierto no se me habria ocurrido. Cuando conozco que las personas a quienes amo tienen necesidad de mí, me hubiera sido imposible pensar en abandonarlos, todo lo contrario; pero si mi ausencia debe producirles algun reposo y satisfacción estad persuadido de que de ningún modo me negaré a ello.

— Pues bien, voy a acompañarte un poco y hablaremos, dijo el anciano campesino; espérame un instante, soy contigo en cuanto diga a las mujeres que se vayan.

Dicho esto se volvió hácia Maharitta a quien trataban de consolar su madre y sus hermanas, les habló a media voz y con tanto tino que todas se decidieron a volver a tomar el camino de su casa; luego reuniéndose con Ivon y el joven molinero se dirijieron a la granja.

El viejo labrador continuaba sus tentativas con Marker, apoyándose astutamente en las necesidades que experimentaba su familia, costándole poco trabajo el probrarle que a pesar de todos sus esfuerzos, su pobreza declinaba ya hácia la miseria en la que no tardarian todos en caer.

Las observaciones que tambien por su parte habia hecho el mozo le habian conducido a la misma conclusion, y la idea odiosa de subito por su interlocutor le habia abierto una nueva via en la que se habia precipitado con desesperado ardor.

Como tenía lo que se llama un buen corazón, aceptaba desde luego el sacrificio y no le gustaba regatear: por este motivo apresuró las negociaciones en que el astuto campesino se comprometia con mucha lentitud.

— Tio Salaun, lo dicho dicho está, exclamó de repente deteniéndose; me habeis hecho ver una cosa que yo nunca habia visto y de la cual mis ojos no volverán a apartarse ya. No perdáis el tiempo en probrarme que mi familia es desgraciada y decidme mas bien lo que me daréis en pago de los siete años de mi vida.

— El mozo no se anda con chiquitas! esclamo el campesino un poco cortado al ver aquella proposición tan clara y tan explicita; cree que estos asuntos se tratan como se bebe un vaso de vino! No sé de donde te has sacado que queríamos dar a Abgrall un sustituto.

— Así pues, no lo queréis? Está bien, dijo Marker haciendo un movimiento para irse por otro lado.

— Está bien, está bien, no digo eso! repuso Salaun deteniéndose; pero antes de hacerte proposiciones, hay que saber lo que quieres para tus parientes.

— Primeramente, dijo Ivon con la seguridad que le infundia su resolución, quiero un par de bueyes para la labranza.

— Un par de bueyes! repitió el campesino; muy de prisa vas; sabes que un par de bueyes vale muchísimo dinero?

— Ademas quiero una vaca de tres años; añadió Marker.

— Una vaca también?

— Y cien escudos para pagar a dos mozos que trabajen mientras dure mi ausencia.

Salaun y el joven molinero pusieron el grito en el cielo, y trataron de probar a Ivon que podia desvecar mas de lo que era justo. El mozo les dejó decir, contentándose con responder que si no querían se vendría a otro que le pagase en buen dinero. Por último, al cabo de un debate que duró algunas horas, la familia del molinero se vió precisada a entrar por las condiciones que Marker exijia.

Ahora solo faltaba que la familia accediese a ello. Si se sabia la venta, ademas de la especie de vergüenza que acompaña siempre al que se vende, Ivon tenía que su madre se opusiera a consentir en la buena vida a costa de la libertad, y acaso de la sangre de su hijo! Y aun cuando se resignase, Ivon emponzoñaba su prosperidad dándole un remordimiento perpetuo para todas sus alegrías venideras.

El notario que debía hacer la escritura y a quien Ivon comunicó sus inquietudes le recomendó muchísimo el secreto. Aquel número que el joven tomaba voluntariamente se podia decir que le habia tocado en suerte. En cuanto al dinero que pagaba su libertad, el notario fingiria que lo habia recibido de una herencia que le habia venido de improvviso a la pobre familia. Las cosas se arreglaron de este modo; Abgrall y los suyos prometieron que serian discretos, y solo fallaba dar parte a los Marker de la fatal noticia.

Terrible fué ese momento para todos y sobre todo para la buena madre. Antes de la partida hubo crisis de desesperación que Ivon no pudo consolar, tanto mas cuanto que él mismo estaba triste hasta la muerte por abandonar todo lo que conocia, todo lo que habia amado, pero el pensamiento del bien que resultaria para todos le sostenia en medio de su pena. El día de la separación fué la mas cruel de las pruebas: en tanto que el padre cada vez mas débil y mas pálido le

tenia una mano que le era imposible abandonar, su madre permanecía con la cabeza sobre su hombro, medio desmayada de dolor, la hermana y el hermanito lloraban, y hasta él mismo pero miraba aquella escena llamentándose! Pero ya llamaban a los quintos en la aldea; el redoble del tambor advertia a los que tardaban! Se dieron un postrer abrazo, Ivon se unió a sus compañeros, y se emprendió el camino!

Todo se podia sobrelevar mientras se descubria en el horizonte el campanario de la aldea, ó que los ojos descubrian las mismas vegetaciones y los mismos paisajes; pero insensiblemente las viñas se sustituan a los perales y las grandes llanuras a las reducidas heredades; las casas blancas con techos encarnados y de pizarras reemplazaban las miserables chozas cubiertas de lálago! Entonces comprendió Marker que habia salido de su pais, y se sintió enteramente desterrado.

Cuando ingresó en el regimiento tuvo que contraer nuevos hábitos, tuvo que dividir sus días entre ejercicios militares y ócios a que no estaba acostumbrado. Mezclado con compañeros que no conocian la breftaña, que por consecuencia no entendian su lengua, Marker se veia en un aislamiento que le era mas insportable cada día; bien luego la tristeza se apoderó completamente de su ánimo; todo cuanto veia le enojaba. Esa fiebre de la ausencia que mina lentamente le quitó insensiblemente sus fuerzas: la nostalgia cada vez mas intensa le condujo al hospital donde el reposo la acrecentó hasta lo sumo.

Todo se reunia para que fuera así. Muchos meses habia pasado sin haber tenido noticia ninguna de su tierra. Nadi sabia escribir en la quinta, y esa ignorancia separaba a los ausentes como si estuvieran muertos.

El mal de Ivon iba siempre en aumento: se arrastraba parecido a un fantasma a lo largo de los patios de la enfermería, siguiendo con los ojos el pájaro que atravesaba el cielo, contemplando el musgo que crecia sobre la vieja muralla. Flores, pájaros y musgo le recordaban su aldea: no podia pensar en otra cosa.

Una tarde estaba sentado triste y desfallecido en uno de los bancos que habia en el patio, y su imaginación estaba como siempre en la granja de su aldea; parecia descubrir el barbecho por donde llevaba su pobre yunta a la labranza, la praderita y el arroyo con cuyas aguas andaba el molino de los Abgrall, las colinas cubiertas de carneros negros donde resonaban los cantos de los pastores. Tal era la intensidad de su pensamiento, que el recuerdo se habia convertido en imagen y veia verdaderamente por intervalos todo aquello de que se acordaba hasta el punto que su espíritu flotaba por decirlo así entre la quimera y la realidad.... En aquel mismo instante se oyó por fuera el sonido de una gaita... Ivon se puso en pié. El pastor tocaba justamente las canciones de su aldea; aquellas mismas que habia oido tantas veces en la plazoleta donde se reunian para bailar los jóvenes del pueblo. El pobre reduta fuera de sí corrió a la puerta del patio, pero estaba cerrada; se volvió precipitadamente, salió hasta el corredor cuyas ventanas daban a la calle, pero esta se hallaba desierta y ya la gaita habia cesado de oírse.

Ivon se preguntaba si habia sido el juguete de un sueño, cuando la religiosa de servicio le entregó una carta que habia llegado para él. Marker suplicó a la enfermera que la abriese y se la leyera.

Esa carta era del notario y habia sido escrita en nombre de los parientes que comunicaban al joven en ella el cambio que habia habido en su posición por la supuesta herencia.

Gracias a este socorro, se habían podido tomar dos mozos de servicio, se había comprado un par de buyes y se había podido pagar lo que se debía; todo en fin habría estado bien sin la ausencia de Ivon a quien la madre no podía nombrar sin enjugar su llanto.

El notario añadió por sí en forma de posdata, varios pormenores sobre la manera como se había guardado el secreto, sobre la felicidad de la familia, y el restablecimiento del padre cuyas fuerzas le iban volviendo de día en día.

Marker escuchaba estas buenas noticias con el corazón trémulo de alegría. Concluida la lectura guardó la carta, y



El Quinto.—La Salida.—Dibujo de M. H. BELLANGÉ.

á ver algún día á aquellos á quienes había hecho tan felices, y para participar también de su ventura. Sus fuerzas abatidas por la tristeza renacieron con la esperanza.

Ademas tenía en las mientes un gran proyecto. La carta que acababa de recibirle había mostrado lo que puede el saber escribir contra las angustias de la ausencia, y estaba decidido á entrar en la escuela del regimiento.

Muy difícil fué el aprendizaje; la memoria estaba bien rebelde, y su inteligencia no se había dirijido nunca hácia aquel lado, pero á fuerza de voluntad pudo obligarla al estado del alfabeto, y un año despues ya se hallaba en estado de cartearse con aquellos de quienes estaba separado.

Sin embargo, no se detuvo aquí: una vez entrado en los estudios quiso seguir y aprender todo lo que le podia ser de algun provecho en lo sucesivo. El tiempo se pasó así, entre el aprendizaje del discípulo y los deberes del soldado. Marker, muy apreciado por su buena conducta, dejó las filas de la compañía para recibir la pala de gastador. Los años de servicio se cumplieron, sino sin pesadumbre, al menos exentos de fastidio.

Por fin habiendo tomado su licencia, volvió á emprender alegremente el camino que antiguamente recorriera con tanta tristeza.

luego la volvió á abrir y se puso á mirarla como si en los caracteres de que estaba cubierta, hubiese podido ver la imagen de la fortuna de los que había dejado en la aldea. Aquello fué para él una revolucion: parecióle que los sonidos de aquella gaita que había oído algunos momentos antes, eran las voces del país que Dios había querido hacerle oír, y que le cantaban la alegría de los suyos! Ahora sabia al menos que no había sido inútil su sacrificio, y en sus manos tenía la recompensa.

Esta idea fué como un sacudimiento que le arrancó de su languidez. Entónces conoció que debía vivir para volver

A medida que se iba acercando, iba creciendo su impaciencia; hacia jornadas dobles, y sentía fuertes latidos en su corazón al ver de nuevo aquellos campos que le habían sido tan familiares en su juventud, y aquellas aldeas cuyos nombres le eran tan conocidos! Por fin descubrió el techo que buscaba. En aquel instante, Marker no pudo contenerse mas; echó á correr, atravesó la plaza sin detenerse con sus antiguos amigos que le llamaban, y se lanzó derecho hasta la granja. Los niños espantados por su barba y su traje, huyeron al verle; la hermana retrocede hasta la pared sorprendida é inquieta, pero el perro guiado por su instinto se precipita á su encuentro, y su madre se estremece al sonido de una voz que jamás ha olvidado. Cuando todos los demas titubean, ella corre á su encuentro, le tiende los brazos, le llama Ivon! Ya están cumplidos todos sus deseos; sus hijos todos se sentarán con ella en el hogar doméstico.

Pero sin embargo, cualesquiera que sean los demas, el que vuelve ocupará siempre en su corazón el primer puesto, porque por él ha llorado mucho, porque por él ha padecido, y ese exceso de ternura será la recompensa de su desconocido sacrificio.

EL QUINTO. (Véase la página 232.)



El Quinto.—Vuelve gastañor.—Dibujo de M. H. BELLANGÉ.

VENECIA.

PLAZA DE SAN MARCOS. — LA CATEDRAL. — EL PALACIO DUCAL.

Nada hay mas encantador que el marchar al través del hermoso camino que conduce desde Padua hasta Fusino, guarnecido por ambos lados de una multitud de casas de campo de caprichosa y variada arquitectura, con magníficos terrados que ostentan jardines suspendidos en los aires y adornados de estatuas; casas de campo que revelan al pasajero su nobleza, y hacen alarde de su elegancia exterior, y que están precedidas algunas de parterres poblados de mil flores de odoríferos arbustos en donde las miradas no pueden menos de detenerse con complacencia. Este espectáculo encantador está iluminado por el sol de la Italia, que se refleja en los lagos que surcan pequeñas barcas y góndolas ligeras que suben y descienden con rapidez el rio y el canal cautivando los ojos.

En Fusino hay que dejar el carruaje para entrar en una góndola, único carruaje que se usa en Venecia, especie de cámara fúnebre cubierta de una bayeta negra con grandes borlones, porque desde el tiempo de la república, para evitar el lujo que desplegaban los venecianos en estas embarcaciones se fijó que todas fueran iguales y ataviadas con esta fúnebre cubierta.

Conducen la góndola dos hombres, el uno con un remo por delante, y el otro por detrás. El espolon que lleva la proa es un grande hierro en figura de cuello de cigüeña guarnecido de seis dientes largos, y sirve para mantener la góndola

en equilibrio. Las maderas están pintadas de negro, y negro es tambien el lienzo que cubre el pabellon, negras las banquetas, negros los almohadones, y por dentro y por fuera todo es negro: es la imagen del sepulcro. Una pequeña ventana permite ver las innumerables góndolas que pasan, repasan, cruzan y deslizan, y hienan las ondas.

Tres cuartos de hora navegan para pasar una legua, ya sobre un mar muy tranquilo, ya sobre las lagunas, especie de lago, de que solo las separan bancos de arena.

Sorprendente es la vista de Venecia que se levanta en medio de estas lagunas, y que nosotros conocimos aislada enteramente de la tierra en el año de 1842. Entónces se comenzó á construir por los austriacos un puente que comunicase con el continente, y sobre el que se ha establecido despues un camino de hierro. Este puente colosal se ha terminado, y ha quitado á Venecia toda su poesia, toda su originalidad; para entrar antes en la ciudad, de los Dux era indispensable llegar en góndolas.

Un antiguo palacio que perteneció al poderoso señor Loredano, está convertido hoy, huérfano de su dueño, en un hotel ó fonda sobre el canal grande. Desde allí vimos en perspectiva muchas islas, y observamos el movimiento continuo que hay sobre las lagunas.

La plaza de San Marcos es una de las cosas primeras que visita todo el que llega á Venecia. Es la única que hay en la ciudad; muy grande, muy adornada. Su conjunto extasia, sus detalles son muy curiosos y merecen un completo examen. En este lugar, y en el recinto que ocupaba en otro tiempo una iglesia, Eugenio Beauharnais en tiempo de Napoleón hizo construir quince magníficos arcos que sostienen

un piso con quince nichos, y en él hay catorce estatuas de generales franceses.

En otro lado se vé la iglesia metropolitana de San Marcos, cuyas siete cúpulas, la una grande y las otras pequeñas, hacen un efecto admirable. Tienen de largo 444 pies y de ancho 180, estando el piso perfectamente embaldosado con lápidas de mármol.

En el costado derecho de la plaza hay 40 arcos muy anchos, sobre los que se han construido magníficas casas. En el costado izquierdo hay 50 arcos un poco mas anchos, y despues de este edificio, que seguramente es mas antiguo que el otro, hay la torre que se llama del reloj. El cuadrante marca los meses, las fases de la luna y las horas. Por medio de resortes ocultos, al sonar las horas se abren unas puertas, y aparece un ángel con una trompeta; pasa delante de la estatua de la Virgen, que está encima seguida de tres magos que adoran el niño Jesus; dos negros dan con unas mazas sobre la campana y despues se vuelven a cerrar las puertas.

En medio de esta torre hay un gran leon y un dux de rodillas delante de él.

Sobre esta plaza misma, y un poco aproximada al lado derecho, se levanta la torre cuadrada de San Marcos, que descansa sobre pilares de madera clavados en la laguna, y que tiene 260 pies de altura. Llámase tambien el *Campanille* ó Campanario, porque en todas las iglesias de Italia, á diferencia de lo que sucede en España y otros puntos de Europa, las torres y campanarios están aislados y separados del edificio principal de la iglesia. En la cumbre de esta torre hay un ángel dorado que sirve de veleta. Tres pequeñas columnas góticas decoran las ventananas ovales, por las que escapa el sonido de una campana de volumen tan considerable que se oye á muchas leguas de distancia. Delante de la iglesia hay tres columnas truncadas que no tienen mas que cinco pies de elevacion, cuyo pedestal es de bronce primorosamente labrado, y que sirven de base á tres grandes mástiles sobre los que en todas las ceremonias religiosas y civiles se enarbolaba un estandarte. Estos estandartes se colocan en memoria de las antiguas conquistas hechas por los venecianos. En otro tiempo los señores de la serenísima república enarbolaban la bandera de Candia, la isla del Mediterraneo, la de Chipre y la de Morea. Bajo los arcos de la derecha y de la izquierda de esta plaza se ven magníficas tiendas de sedería, de modas y de joyas, porque los venecianos son muy especiales en este género. En el buen tiempo á lo largo de estas grandes galerías se colocan sillas como en los paseos de España, y acude la gente á tomar el fresco.

De todas las maravillas que encierra la plaza de Venecia, la que á nosotros nos ha parecido la primera del mundo, aun despues de haber visto muchas veces la suntuosa plaza de San Pedro en Roma y la magnífica de la Concordia en París, la mayor es la de San Marcos edificada en el siglo X. La fachada extraña y singularmente rica escita la admiracion. Presenta tres figuras de bronce traídas del templo de Santa Sofía en Constantinopla. Despues de cinco arcos ó mas bien medias cúpulas doradas enteramente con los zequies cogidos á los sarracenos, y sostenidos por dos órdenes de columnas góticas, empero elegantes y esbeltas. Encima de la gran puerta están colocados los cuatro caballos antiguos de bronce dorado que se atribuyen á Lisipo, escultor y fundidor griego. Estos caballos sirvieron para el carro del Sol que decoraba el arco de triunfo de Nerón, y fueron por Constantino transportados de Roma á Constantinopla cuando aquel emperador estableció la capital del mundo en

el Oriente. Estos caballos que no obstante lo pesado del bronce han viajado tanto en el trascurso de los siglos, han visto tambien la magnífica plaza del Carrusel en París, por- que el emperador Napoleon Bonaparte los trasladó para colocarlos delante del palacio de las Tullerías; pero al hacerse la paz en 1814 en el Congreso de Viena, el Austria que se habia apropiado los restos de la república de Venecia, el Austria cuyos soldados guarnecian con los cosacos las plazas de París, hizo tornar los caballos de la Grecia, testigos de tantas mutaciones y de tantos sucesos, y han vuelto á colocarse sobre la puerta del templo de San Marcos. Mas alto, sobre estos caballos y sobre tres lados del edificio corre una galería de mármol, y de allí parten aun cinco arcos que cada uno tiene una estatua. El arco de en medio, que sobrepaja á los otros, tiene la estatua de San Marcos, de mármol de Carrara, y á sus pies un enorme leon de bronce dorado. Esta segunda fila de arcos sembrada de oro de zequies, adornada de mosaicos, de figuras y de guirnaldas, está sostenida por columnas de pórfido, de mármol oriental, de verde antiguo, prodigalidad inconcebible de adornos para el esterior. El interior de la iglesia corresponde á la magnificencia del esterior, y presenta una construccion enteramente particular y difícil de describir.

Venecia es seguramente la segunda ciudad del mundo que posee numerosas y magníficas iglesias. Roma tiene su incomparable San Pedro, y Venecia hace relucir al sol como un manto sembrado de oro y pedrería las magnificencias orientales de la basilica de San Marcos, Miguel Angel, Rafael y los autores de la época del renacimiento, han decorado la basilica de Roma; Venecia muestra con orgullo los talentos de los arquitectos góticos y árabes. Roma tenia por modelos todas las obras de la antigüedad y las ruinas monumentales de la antigua señoría del mundo; Venecia solo ha tenido los despojos que saqué de la Grecia y del Asia para levantar su inmortal basilica, teniendo que construir en medio de las aguas hasta el terreno sobre el que la levantaba.

El interior de la iglesia es suntuoso. Sus paredes están enteramente cubiertas de mosaico, cuyo fondo es de oro, embellecidas con dibujos y grandes figuras de santos apóstoles. El pavimento es un inmenso tapiz de mosaico levantado por algunas partes á causa de haberse hundido en otras el edificio construido sobre pilares de madera clavados en la laguna. Esta iglesia ha sido llamada la *Chiesa aurea*, la iglesia de oro. Tintoreto, Ticiano, Ticianelo y otra porcion de pintores célebres han pintado los cartones que sirvieron de modelo para estos mosaicos. Algunos sepulcros antiguos de los Dux y los principales patrios de Venecia se ven en la bóveda que se llama el *tesoro de San Marcos*; pero la costumbre de enterrarse allí fué abolida despues. El tesoro de San Marcos era riquísimo: despues de la agregacion de Venecia al Austria por el tratado de 1797, la mayor parte de este tesoro ha sido transportado á Viena. Saliendo de la iglesia se vé á su lado el palacio ducal. En el ángulo de la iglesia á la parte de afuera se vé la base de una columna de pórfido á la que se ataban los culpables condenados al destierro.

Al lado derecho de la gran plaza, una mas pequeña forma con la primera un ángulo recto y se llama la Piazzeta. A la estremidad, cerca de la laguna, y á la parte del medio día, se aizan dos columnas de granito traídas de la Grecia en el siglo XII. Sobre una de ellas está el leon alado de bronce, que tambien fué á París con los caballos que hay sobre la catedral; sobre la otra está San Teodoro, magnífica esta-

tua de mármol del antiguo protector de la república.

En esta Piazzeta está el *palacio ducal*, donde domina el estío árabe. Dos siglos se necesitaron para construirlo. Debióse tan magnífica obra á los Dux Faliero y Foscarí; el primero murió decapitado, el segundo privado de su corona ducal. Tres arquitectos hicieron los planos, Calendario, Bartolomeo y San Govino. Los dos Bellini, Ticiano, Tintoreto y Veronés cubrieron sus paredes de magníficas pinturas. Esta obra, única en su género, apareció entre el XIV y XV siglos. La fachada ofrece diez y ocho arcos con columnas de mármol; siete ventananas, la de en medio tiene un balcón y en lo alto una galería del mas esquisito gusto. En el ángulo de este palacio se hallan colocadas cuatro pequeñas estatuas de pórfido traídas de la Grecia. En el patio hay veinticuatro arcaídas á un lado y trece al otro, y tiene dos pisos; en medio hay dos cisternas rodeadas de ocho estatuas traídas de la Grecia. En este patio cuadrangular se ven dos anchas escaleras que conducen á la galería superior del edificio, la primera se llama *la escalera de Oro*; la segunda, *la escalera de los Gigantes*; la última ha tomado su nombre de dos estatuas colosales de San Sovino que representan á Marte y á Neptuno.

En lo alto de esta escalera, era donde el Dux recibía el *cornu ducale*, que era un gorro puntiagudo guarnecido de oro y piedras preciosas. En la mesa de esta escalera tambien se representó un drama terrible: allí el verdugo hizo caer la cabeza de Marino Faliero, Dux que habia conspirado contra la república. La memoria de su crimen se ha perpetuado poniendo en el lugar que debia ocupar su retrato en la galería de los Dux un cuadro, en cuyo fondo enteramente negro, se leen estas lacónicas y terribles palabras: *Hic est locus Marini Falieri pro crimine decapitati*. «Este es el lugar de Marino Faliero, decapitado por sus crímenes.»

Sobre esta misma meseta tambien el desgraciado conde de Carnagnola, general de los ejércitos venecianos, fué arrastrado y conducido á muerte en medio de una fiesta que se celebraba por sus victorias contra los enemigos de la república.

Unos cuantos escalones mas arriba de esta terrible meseta estaban las dos famosas bocas de los leones, abiertas siempre para recibir las delaciones anónimas contra cualquier ciudadano. Las cabezas de los leones han desaparecido; empero quedan aun los buecos en donde fueron colocadas, y nosotros hemos puesto la mano en aquel terrible sitio que recibió tantas delaciones y ocasionó tantas víctimas!

El palacio del Dux permanece como en los tiempos de la República, nada absolutamente falta mas que los terribles huespedes que lo ocupaban. Está intacta la sala donde se reunía el Senado; está la sala donde se reunía el Consejo de los Diez, delegados por el gran Consejo para ejercer su poder tiránico; mas lejos está la sala de los tres inquisidores de Estado, Estado, es decir, el despotismo reducido á su mas sencilla expresion, y que hacia temblar al pueblo, á los patrios y al Dux mismo por la severidad de sus sentencias. Las paredes de esta habitacion estaban cubiertas de un color negro; Napoleon las hizo desaparecer y despues se han cubierto con papel de diversos colores.

Sobre esta sala estaba la de la Inquisicion; seis escalones conducen á ella. Hoy está enteramente desnuda y por una escalera que se halla inmediata se subía á las prisiones que hay en lo alto del palacio, cubiertas de plomo y se llaman *los plomos de Venecia*, verdadero horno, mas terrible que el toro de bronce del tirano Falaris. El sol ardiente de Ve-

necia hacia intolerable la mansion en esta especie de azoteas. Por otra escalera secreta que hay en la misma sala de la Inquisicion, levantando una losa del pavimento se hacia bajar á los presos al puente cubierto llamado *punte de los Suspiros*, sobre el cual habia dos puertas; por la una se entraba en la prision, por la otra los grandes criminales eran introducidos en veinticuatro calabozos espantosos. Estos calabozos permanecen aun intactos como en tiempo de la república y se llaman *los posos de Venecia* porque están dentro de las mismas lagunas.

Nosotros hemos copiado algunas inscripciones trazadas por los infelices que allí habitaron.

Nosotros vimos aun las manchas de sangre de un pequeño cuarto donde el verdugo ejercía su fatal ministerio, cuarto que tiene una pequeña ventana, la cual servia para entregar á las góndolas en las altas horas de la noche el cadáver del ajusticiado, y este con una bola atada á los pies era llevado al medio del canal Orfano y arrojado en el fondo en un parage reservado para este objeto, sitio donde era prohibido hajo las penas mas severas á los venecianos el pescar. Cuando los franceses ocuparon á Venecia se permitió al pueblo entrar en los calabozos durante tres dias, y destruyó algunos objetos que servian para el tormento; empero han permanecido intactas las paredes que dan una idea bastante cabal de los tormentos que allí se sufrían.

El puente de los Suspiros da comunicacion al palacio del Dux con el edificio que sirve de cárcel. Llámase de los Suspiros por los muchos que debieron exhalar en este lugar siendo el sitio por donde eran conducidos los criminales al palacio del Dux. Este maravilloso palacio que tenia dos prisiones, en lo alto *los Plomos*, en lo bajo *los Posos*, puede decirse que era tambien una verdadera prision para el Dux, cuyo poder, autoridad y prerrogativas se habian estrañamente reducido desde el siglo XIII. El Dux era un verdadero flota; la soberanía electiva residía en el gran Consejo, la administracion en la Señoría, la policia de Estado en el Consejo de los Diez; era el gran Consejo, y no el Dux, el que nombraba los senadores, ministros, los miembros de los tribunales, gefes de la policia y toda la administracion civil y militar. Referir las hermosísimas pinturas que contiene este palacio es enteramente ageno del objeto que nos hemos propuesto en este articulo.

Venecia es una de las mas considerables y mas ilustres ciudades de la Italia; sino decimos de las mas hermosas no la ofendemos. Salida de la espuma de las ondas es maravillosa por la manera extraordinaria con que se ha formado, por las prodigiosas ventajas que goza, y por el alto grado de gloria á que llegó; ¿qué espectáculo tan singular presenta á nuestra vista! Es imposible á aquel que no la ha habitado formar una idea exacta de su cuadro. Nosotros no hablaremos de su esplendor sin igual. Ha desaparecido, su poder incomparable se ha eclipsado. Su larga prosperidad ha concluido; esto pertenece al dominio del historiador y no al itinerario del viajero; pero bueno será que en cuatro líneas esponamos las causas que la dieron nacimiento.

El cuerpo gigantesco del imperio romano espiraba; todas las partes que le componian eran impotentes para resistir á los pueblos del Norte que habian hecho de la Italia el teatro de sus sanguiñarias conquistas. El año de 400 Alarico entra en Italia, marcha sobre Roma, y esta sufre su yugo. Muere de repente; Ataulfo, su cuñado, le sucede. En 412, despues de haber saqueado la Italia, sale para devastar sus contornos. Los venecianos, largo tiempo fatigados de los males que les habia causado la irrupcion de los bárbaros, buscan

un retiro inaccesible, y se refugian á las islas deshabitadas que están en el fondo del golfo Adriático y en la embocadura del Brenta; allí no encuentran mas recurso que la pesca. Una de estas islas llamada Rialto servia de puerto á los paduanos. En la época de la invasión de los godos, las familias de Padua pensaron hacia el año de 424 edificar al rededor de Rialto algunas casas; tal es origen de Venecia; tales los débiles principios de una ciudad que fué después la capital de una república durante trescientos años y de un estado casi monárquico hasta fines del siglo XVIII.

La imaginación se representa difícilmente una ciudad de 80,000 habitantes, habiendo tenido ántes el doble, notando en medio de las aguas. Edificios magníficos, palacios suntuosos, edificado todo sobre pilares de madera clavados en las lagunas; sin puertas, sin fortificaciones, está atravesada por un número de canales que ofrecen al menos 150 islas, comunicando entre sí por 306 puentes, y son otros tantos cuarteles ó barrios de una sola ciudad; pero para preservarla de los ataques del temible elemento, y aun de los choques de las ondas, la lengua de tierra separada del mar y de las lagunas, ha sido guarnecida con una gruesa muralla que se extiende mas de dos leguas, obra digna de los antiguos romanos, y que se llama el *Ido de Palestrina*. El transporte de todos los objetos de consumo, el de los hombres y las cosas, se hace únicamente por góndolas que llegan hasta las mismas casas porque no hay calle ninguna. Las menores barcas no podrían entrar en los canales ni moverse en ellos; así es que se valen únicamente de estas góndolas, que son de una construcción particular. Las pocas calles que hay en tierra firme son feas y estrechas, y como la mayor parte de las demás son canales, no se encuentra en ellas á casi nadie, nadie está tampoco en las ventanas; no hay coche ninguno; no se ven animales de ninguna clase por las calles, y el alma recibe en este silencio continuo una impresión de tristeza y melancolía indefinibles. Este silencio no se interrumpe sino por los gritos de algunos mercaderes de comestibles que atraviesan los canales en sus góndolas, pregonando los géneros que llevan. No hay un solo árbol; no se vé un solo rastro de la risueña naturaleza; no hay movimiento. Los hombres están dedicados al comercio, al comercio que casi ha desaparecido. Venecia que hacia sola el comercio de las Indias antes que se descubriese el paso por el cabo de Buena Esperanza, vió arruinarse el suyo sensiblemente y al fin abandonarla. Triste es hoy el puerto favorecido antes tanto.

Las mujeres salen poco; sus vestidos son, como los de las de la mayor parte de Europa, calcados sobre la moda francesa. Son sumamente aficionados á la música, porque Venecia y Nápoles son las dos ciudades de Italia donde encuentran mas placer en esta distracción.

EL CONDE DE FABRAQUER.

EL PRIMER LIBRO QUE SE IMPRIMIO.

Es un hecho singular que el primer libro que se imprimió desde el descubrimiento de los caracteres de imprenta, fué la Biblia, lo cual se verificó por los años de 1450 á 1455. Guttenberg inventó el arte, y Faustus, un platero de aquella época, proporcionó los fondos necesarios para tan árdua empresa. Si hubiese sido una página ó un pliego de impresión, el suceso sería de poca entidad; pero una obra de tanta magnitud como la Biblia, no puede menos de llamar la atención. La obra se imprimió en dos volúmenes de á folio, y siempre se ha admirado en ella la corrección tipográfica, no menos que la buena calidad del papel y el lustre de la tin-

ta. Constaba de 4,282 páginas, que por ser las primeras que se imprimieron costaron un trabajo inmenso, y después de estar en circulación por mucho tiempo, nadie, con excepción de los artistas, sabía la manera en que se había efectuado la impresión. De la primera edición que se imprimió de la Biblia, existen actualmente solo 46 ejemplares, entre los cuales hay cuatro ejemplares impresos en pergamino; y de estos, dos se hallan en Inglaterra, y los dos restantes uno en la biblioteca real de París, y el otro en la de Berlín. De los 44 ejemplares restantes, 10 están en Inglaterra, distribuidos en esta forma: un ejemplar en cada una de las bibliotecas de Oxford, Edimburgo y Londres, y los otros en las bibliotecas particulares de la nobleza inglesa. Se cree que el único ejemplar que existe en América es el que obtuvo M. James Lenox de esta ciudad, en Londres, por la suma de 2,200 pesos fuertes.

El infortunado á quien se le quitan sus creencias religiosas es mas digno de lástima que el ciego á quien le llevan su perro y su bastón.

— La confianza del hombre en sí propio disminuye á medida que aumenta su saber, lo mismo que se aminora la sombra del sol en razon de su elevación.

— Cubrir una falta con una mentira es reemplazar una mancha con un agujero.

J. P. SENX.

JUAN JOUVENET.

No hay que suponer que Juan Jouvenet no produjera nada sin Lebrun y sin las pinturas de Versalles de 1661 á 1686. En el año de 1673 entró en concurso para el gran premio de la academia, que ganó.

En aquel mismo año obtuvo otro triunfo mas lisonjero aun. La asociación de los plateros de París tenia entonces la costumbre de mandar hacer todos los años, por un buen pintor, un cuadro que regalaba á la iglesia metropolitana de Nuestra Señora. Este cuadro se designaba con el nombre del *mayo*, porque durante todo el mes de mayo permanecía espuesto en el pórtico de la catedral. Jouvenet que fué encargado de pintar este cuadro en 1673 tomó por asunto la *Cura del paralítico*, y supo pintar tan bien en su conjunto como en sus detalles, esa gran escena del evangelio, que se llevó todos los sufragios, lo mismo los de los pintores sus rivales y émulos como los del público todo. Este cuadro puede verse hoy aun en el coro de Nuestra Señora.

En 1675 fué recibido en la Academia y al siguiente logró alcanzar el grado de profesor.

Entretanto ya se habían concluido enteramente las pinturas de Versalles, y todos los pintores que habían trabajado en ellas habían recibido su recompensa del rey Luis XIV. A Jouvenet le tocó en este reparto, entre otras varias cosas, un aposento en el palacio de las Cuatro Naciones.

En este aposento habia un magnífico estudio, en donde hizo esa hermosa serie de cuadros destinados entonces á diferentes edificios religiosos, y de los cuales la mayor parte se hallan hoy en el Louvre ó en los museos de los departamentos. Entre todos ellos, uno de los mejores es el conocido con el nombre de la *Pesca milagrosa* que está en el Louvre.

Esta pintura que lleva la fecha de 1702 costó muchísimos estudios preparatorios á su autor. A fin de representar en toda su realidad ciertos detalles de su cuadro tan intimamente unidos con el asunto, Jouvenet, dice Dargenville «emprendió de intento el viaje de Dieppe, á pesar

de los rigores del invierno, para examinar las maniobras de los pescadores y poder dibujar copiándolo de la naturaleza, las redes, los peces y los mariscos.»

Jouvenet pintó este lienzo, así como otros tres de las mismas dimensiones para San Martin de los Campos. El escritor que acabamos de citar dice que Luis XIV los mandó llevar

á Trianon, y que le gustaron tanto que mandó á Jouvenet que los copiara para tapicerías. En efecto Jouvenet lo hizo así, aunque no se limitó únicamente á hacer copias serviles, sino que varió con mano maestra sus hermosas composiciones.

J. J. ARNOUX.



JEAN JOUVENET.—La pesca milagrosa.

MAGDALENA

POR

JULES SANDEAU.

(Véanse las páginas 106, 109, 181, 189, 197, 206, 210, 217 y 226.)

Inclinado sobre su banquillo, cerca de su ventana abierta, Marcelo parecía absorto y como no pudiendo superar alguna dificultad que se le presentaba. De repente, y cediendo á uno de esos violentos ademanos hijos del sentimiento de la impotencia, arrojó sus instrumentos á un lado y se dió en la frente con la mano; después, con sus dos brazos cruzados sobre el pecho, permaneció en pié en la actitud de un hombre profundamente desanimado. Su jóven mujer se acercó á él para tratar de infundirle valor por medio de caricias y de dulces palabras, mas, acaso por la primera vez, Marcelo la rechazó con dureza, y lágrimas de rabia corrieron á lo largo de sus mejillas. La pobre mujer se puso á llorar, en tanto que los niños, siguiendo su ejemplo, gritaban á cual mas. Al ver aquella escena de desolación Magdalena tuvo una buena idea; salió de su cuarto, y al cabo de algunos instantes estaba ya en medio de la familia, cuya curiosidad había despertado mas de una vez.

— Ay! señorita, dijo la jóven á quien preguntó la primera; ved aquí de lo que se trata. Mi marido debe entregar hoy mismo unos pedidos de los que depende nuestro porvenir. Mi pobre marido, ya por haber presuntuado demasiado de sus fuerzas, ó ya porque le haya fallado su talento en esta ocasión, se siente en la imposibilidad de llevar á cabo el importante trabajo que le han confiado, está desolado por mí y por nuestros hijos, y yo lloro porque le veo llorar á él.

— Dios me perdone, señorita, dijo á su vez el jóven obrero por haberme atrevido á creer que Dios me habia dado disposiciones para ser un artista! No soy mas que un desgraciado, sin otro mérito que el de saber serrar maderas ó tornear los palos de las sillas.

— Es muy aventurado decir eso, repuso dulcemente Magdalena; el talento tiene sus horas como la fortuna; solo los ignorantes aparentan una confianza ciega; vamos á ver, de qué se trata?

Tratábase de una pieza de madera esculpida representando una figura de arcángel que debía adornar una iglesia de París. El hecho es que la figurita habia salido mal. Magdalena, aunque muy indulgente de suyo, conoció que si la felicidad de aquella casa dependía del mérito de la obra, habia motivos para desesperarse. En el mismo instante vió á Mau-